

BIBLIOGRAFIA

"SEMBLANZAS Y EVOCACIONES", por J. Losada de la Torre. Editorial "Prensa Española". Madrid.

José Losada de la Torre es un periodista cien por cien. Y por serlo, su estilo se caracteriza por lo ágil y flexible de la prosa, por el poder de evocación de imágenes con sólo dos trazos simples y precisos de su pluma certera, por la claridad y finura de ideas y pensamientos.

Pero sobre estas cualidades—obligadas en quienes dedican su actividad a los afanes periodísticos de cada instante—, culmina otra más, que no suele prodigarse tanto en el campo de la literatura en este orden de ideas. Nos referimos concretamente a la sensibilidad. Esa sensibilidad de Losada que el maestro Azorín alaba tan fervorosamente en el prólogo que precede a la obra que es objeto de estas líneas. Esa sensibilidad que permite al ilustre Director de «A B C» enfocar desde ángulos inéditos y llenos de sugerencias insospechadas, figuras tan representativas

como las de Cortés, Almagro, Sarmiento de Gamboa, Colón, Quevedo, Calderón, Lope y el propio Caudillo bajo cuyas consignas España se siente renacer, encauzando sus derroteros según las pautas que en otro tiempo le señalaran los que la hicieron grande.

Capitanes y colonizadores de una parte; pensadores y literatos de otra, se presentan a nuestros ojos revestidos de toda su grandeza.

Y es el conquistador de Méjico, mandando «que secretamente se barrenasen los navíos de suerte que se hundieron, sin los poder agotar ni atapar...» Y es Cristóbal Colón, el Almirante, portavoz fiel de la idea católica y española de la Reina Isabel, que con su Fe creó un mundo nuevo; y es Diego de Almagro, analfabeto, de triste pergeño, «de faz rugosa y cuarteada, de voz ruda y ademán pronto», que siente en lo íntimo de su sér las virtudes de la raza y se lanza una y otra vez a la conquista de tierras «donde la hazaña se juzga inverosímil».

Y es el Caudillo, en fin, en cu-

ya Residencia de Burgos se veía en altas horas de vigilia la luz cuidadosa y vigilante que en los años angustiosos y duros de nuestra Cruzada alumbró la labor tenaz y silenciosa de aquél sobre cuyos solos hombros pendían el presente y el porvenir de nuestra Patria.

Y es luego la figura gigantesca del «Monstruo de la Naturaleza», en su huerto recoleto y apacible, y la de don Francisco de Quevedo y Villegas, atormentado y consumido por su amor apasionado a la España que se desmorona y cuarteada por todas partes, casi ante su vista; y Calderón, en fin, sereno y majestuoso, apoyado firmemente en el Dogma Católico, asombrando al mundo todavía, después de trescientos años, con la potencia de su pensamiento y la profundidad y grandeza de su Fe romana.

De propósito hemos dejado para el final el comentario a las «Evocaciones» con que el autor termina las páginas de su libro.

Es aquí donde la sensibilidad de José Losada de la Torre se pone

de manifiesto con entera libertad. Su estilo se hace en estos capítulos luminoso y suave, como esa luz peculiar y dorada que es uno de los mayores encantos de la capital andaluza. El autor nos lleva con gozosa alegría por los encantados jardines de Sevilla, más embellecidos aún en los días de la Semana Santa que él evoca; bulliciosos y reidores en el Domingo de Ramos; silenciosos y tranquilos en el Sagrado misterio del Jueves Santo; espléndidos y olorosos hasta trastornar el sentido en los tres únicos días de Feria. Leer estas «Evocaciones» es trasladarse en espíritu al centro mismo de la ciudad embrujada y sentir su encanto profundo e inmaterial.

Con este libro, rinde su autor un tributo encendido y fervoroso al espíritu y a la tierra de España.

No se perdió la estirpe de las figuras señeras de nuestra Patria. Gracias al Cielo, como dice Losada de la Torre, «la raza y los hombres—los tenemos ante los ojos—están en pie». Losada—añadimos nosotros—es uno de ellos.